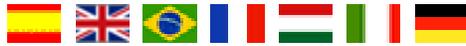


CONSULTA MÉDICA¹. (1918c).



Sandor Ferenczi.

El Doctor Sandor Ferenczi habla del problema de la guerra y de la paz para los lectores de “Eszkendö”.

Uno de mis amigos dijo al principio de la guerra que la humanidad no ve la verdad más que si se le arranca un ojo. Así que se le ha arrancado un ojo. Pero con el que le queda no ve siempre la verdad.

Tras cuatro años y medio de guerra, casi la mitad de la humanidad ha perdido sus ilusiones respecto a la guerra y la otra mitad ha perdido casi la fe en la revolución, que es una variedad de la guerra. Por doquier la falta de información, el compadreo político. En esta primavera ácida y calcinada, avanzo con mis esperanzas reducidas a cenizas y reflexiono sobre a quién dirigirme para obtener un poco de luz.

Me asalta una extraña idea: hay que dirigirse a un médico para saber a qué atenerse en definitiva respecto a la humanidad, esta “raza maldita”. ¿Cuál es el diagnóstico y cuál el pronóstico?.

¿Existe esperanza de curación duradera para el enfermo? ¿O bien hay que renunciar a ella definitivamente?.

Me he presentado en casa del doctor Sandor Ferenczi, el excelente neurólogo, que me recibe en su habitación del segundo piso del hotel Royal. Casi no conozco a nadie que piense con más pasión que él. Ha consagrado su vida a un trabajo científico riguroso; es un colaborador lleno de espíritu y de invención del doctor Sigmund Freud, de Viena, fundador de la única teoría psicológica revolucionaria que está llamada a conocer un amplio desarrollo en el porvenir.

Tras terminar con sus pacientes, Ferenczi me hace entrar.

- Doctor, vengo a hablarle hoy de un gran enfermo: de la humanidad actual. Le requiero para que la consulte, si puedo expresarme así. Está condenada por la mayoría de los pensadores eminentes. Si me dirijo a usted, es a consecuencia de una derivación lógica. Deseo informar a los lectores de “Eszkendö”, de manera clara y honesta, sobre lo que piensa la ciencia actual sobre la guerra y la paz y sobre cuál es su opinión respecto al hombre. Tengo la impresión de que este tema les concierne a ustedes los médicos. Pues cualquier individuo, lo mismo que la humanidad completa, pueden hoy convertirse en pacientes suyos.

- También yo pienso que la guerra es ante todo un problema psicológico. ¿Cuál es la causa de las guerras? Podemos responder sin dudar: la naturaleza humana. ¿Por qué continúa este estado de cosas? Porque ella tiene necesidad de él y lo desea con tenacidad. Para esta humanidad que está en guerra hoy, la guerra en realidad es su “Normalzustand”, su estado natural, y puedo añadir que la mayor parte de la humanidad se halla relativamente a gusto en esta forma de vida. Quiero indicarle que la guerra no origina ninguna nueva enfermedad nerviosa, al menos en retaguardia. Quienes se han quedado en casa continúan trajinando en

1.- Este artículo no ha sido escrito por Ferenczi. Se trata de una entrevista que concedió en abril de 1918 a un escritor húngaro, considerado como uno de los mejores de su generación, Kosztohányi, para una revista literaria a la que podría calificarse de “progresista”: Eszkendö. Hemos decidido incluir este texto entre las obras completas de Ferenczi, porque ofrece un retrato muy vivo de su persona, de su carácter y de su forma de reaccionar. En cuanto a las ideas desarrolladas en esta entrevista, pueden hallarse también en el artículo “La era glacial de los peligros”, perteneciente a este mismo volumen.

medio de sus pequeñas ocupaciones, sus deseos y sus amores. Yo diría incluso que, al haber prevalecido sobre todos el problema de la supervivencia, ha sanado muchas neurosis que tenían su origen en los conflictos sexuales. Son muchos quienes están viviendo una segunda infancia dichosa: son mantenidos, alimentados y libres de toda precaución material, de manera que se hallan descargados de toda responsabilidad. En cuanto a la guerra en sí misma, ya no es la hermosa guerra antigua abiertamente cruel. Parece que la “guerra caballerescas”, la que utiliza el combate singular, esté en vías de desaparición. Los instintos humanos se muestran al desnudo en esta guerra, aunque uno se resista a admitirlo; sólo la más audaz hipocresía puede todavía hablar de una “humanización de la guerra”. A mi parecer, solamente puede considerarse sincera una conducta dura y cruel en lo relativo a la guerra.

- ¿Cómo explica usted, doctor, las lamentaciones lanzadas por los partidarios sinceros de la paz, tanto aquí como en el extranjero?.

- Simplemente han sobrestimado y calculado mal el grado de “civilización de la humanidad”. Freud ha expresado lo que había de trágico en esta guerra actual. Comenzamos ahora a considerar el mundo como una patria muy grande y hoy la realidad se impone a nosotros; hemos sabido que nuestra patria no es el mundo entero y que la “civilización humana actual” está construida sobre un pseudo-humanismo inestable. Hemos disimulado nuestros instintos, pero no los hemos liquidado; utilizando la terminología de Freud, los hemos “idealizado”, pero no “sublimado”. Mientras no se realice esta sublimación, seguirá habiendo guerras. Sólo existe una diferencia formal entre la civilización de los salvajes y nuestra moral actual. La guerra ha descubierto importantes y grandes verdades. Cuando durante mucho tiempo no hay guerras, aparecen importantes desviaciones ideológicas y fuertes tendencias a la idealización en los pueblos. Las corrientes ideológicas más diversas, todo tipo de concepciones unilaterales, nacionalistas, imperialistas, socialistas, anarquistas, se oponen unas a otras y provocan guerras o, lo que viene a ser lo mismo, revoluciones. Parece ser que nos encontramos en esta situación, tanto material como psíquicamente. Puede Ud. ver, por ejemplo, que estoy leyendo a Kjeller. Describe de forma muy clara e interesante la estructura de Rusia antes de la guerra, destaca las líneas de fuerza, subraya la confrontación de las tendencias imperialistas y democráticas presentes y señala las reivindicaciones de independencia de las diferentes nacionalidades del imperio (por ejemplo, las de los Ucranianos). Naturalmente, no se atreve a profetizar. Por ahora la guerra responde a todas sus preguntas. Vea hasta qué punto se han transformado ya todas las nociones. Por ejemplo, antes Rusia era el “coloso esclavo”. Pero ahora...

El Dr. Ferenczi, muy excitado, va y viene por la habitación. Me doy cuenta ahora de cómo recuerdan su frente vertical, su imponente cabeza a las de Schopenhauer; incluso sus ojos azules llenos de alegría tienen algo del gozoso pesimismo schopenhauerino.

-El psiquismo humano, dice prosiguiendo su pensamiento, presenta dos modos de evolución, una aparente y otra real. Siempre he afirmado que uno de los modos de evolución era la idealización, la falsa idealización de la realidad, que nosotros mismos hemos practicado. La idealización no hace sino ocultar los instintos primitivos que nos dominan. Señalemos que el idealismo y la maldad humana se entienden muy bien siempre. Podemos ver a nuestro alrededor idealistas sinceros y entusiastas que posiblemente son seres viles y miserables en su vida privada. Para explicar qué es la idealización, utilizaré el ejemplo del instinto que mejor conocemos los neurólogos: el instinto erótico.² Algunas personas caen enfermas porque exigen de sí mismas, en este campo, mucho más de lo que pueden soportar. Por ejemplo, los histéricos se entregan inconscientemente a la forma de erotismo más primitiva que, en general, es llamada “perversión”, en la que la “idealización” se manifiesta en general mediante un esteticismo rebuscado y excesivamente refinado y una aversión general hacia la sexualidad. Estas exageraciones consiguen disimular durante mucho tiempo la

2.- En lugar del término apropiado de “impulso”, utilizamos aquí el de “instinto” que es la palabra utilizada por Ferenczi con mayor frecuencia en esta circunstancia (N. de. T.).

vida instintiva inconsciente; pero llega un día en que ese idealismo prefabricado se desvanece y la realidad psíquica aparece a la vista; entonces es cuando estalla la enfermedad. El tratamiento de esta enfermedad mediante el psicoanálisis lleva al enfermo a renunciar a las perfecciones imaginarias, a admitir por su cuenta cosas que hasta entonces le parecían despreciables y vulgares, y cuya realidad negaba. Pues quien reniega de sus instintos se ve obligado a desarrollar dos personalidades opuestas en sí mismo. Bajo una falsa bondad se desencadena el volcán de los instintos.

- ¿Cree usted, doctor, que la humanidad de hoy es “idealista” en este sentido?

- Indiscutiblemente hemos caído enfermos por no conocernos bien. A ello alude un proverbio alemán: *Was ich nicht weis, macht mir nicht heiss* (lo que no sé, no me produce ni calor ni frío). Pero justamente lo contrario es lo cierto. En realidad, lo que nos puede perjudicar es lo que ignoramos, lo que no hemos querido saber, lo que no se ha hecho consciente en nosotros, y por ello sufrimos actualmente todos los humanos. Nuestros escondidos instintos de crueldad se han desvelado. Lo que es cierto para el individuo lo es aún más para los pueblos, para las grandes comunidades que Freud llama “Gross-Individuum”, grandes unidades. Pero el grado de evolución de éstas es bastante inferior al de los individuos.

- ¿Cuál es, pues, el camino para una verdadera evolución?

- En realidad, había que cuidar a los pueblos. Hasta ahora la medicina conocía tres tipos de tratamientos psicológicos. El primero es el tratamiento mediante sugestión, por hipnosis, universalmente empleado por la sociedad actual; la religión es una terapéutica de ese tipo: dicta leyes morales, impone su autoridad sobre las gentes y marca las directrices, exigiendo que sean seguidas. El otro método es el que pretende desarrollar el sentido de la lógica en la esperanza de que cuanto más razonable sea el ser, será más bueno. El tercer método, que todavía no ha sido experimentado en el terreno de la educación de las personas y de los pueblos, es el método psicoanalítico que basa su ejercicio terapéutico en el descubrimiento y en el conocimiento de los principios básicos del psiquismo. Aún no existe la pedagogía psicoanalítica. Ni yo mismo me atrevería a dar consejos, como tampoco a elaborar un proyecto. Puede que me encargara de la educación de un niño, pero aquí se trata de educar a los pueblos, a la humanidad entera. Tal educación debería tener en cuenta el verdadero sentido de los instintos humanos. De este modo, en lugar de negarla, había que orientar conscientemente la energía motriz de los instintos dañinos y primitivos al servicio de objetivos justos y razonables, para que se convierta en la fuerza activa de un mecanismo y se transforme en trabajo útil. Es lo que llamamos, por oposición a la “idealización”, la “sublimación”. Para sustituir el “rechazo” de los deseos, habría que restablecer plenamente la “condena” consciente de algunos de ellos. De esta forma, el problema de la guerra se convierte en un problema de educación. Como el hombre no viene al mundo completamente acabado, sino que aquí debe hacerse, yo diría incluso que se trata de un problema relativo a la educación de los niños. Si es posible vencer a la guerra en algún sitio, éste será sin duda la habitación infantil.

- ¿Qué resultados pueden obtenerse de esta escolarización psicológica?

- Nos permitiría conocer nuestros verdaderos instintos y transportarlos a otro terreno. Tampoco es necesario que los instintos así descubiertos sean todos satisfechos. En el tratamiento de los pueblos es también la prevención del mal lo que cuenta; determinados conflictos deberían ser reconocidos y regulados de antemano, mientras tomamos conciencia de que en definitiva los combates sangrientos se deben a la explosión y satisfacción de los instintos. En los niños y en los pueblos primitivos, desear y hacer es una misma cosa; en el adulto y en los pueblos más evolucionados, el impulso no se transforma tan rápidamente en acto. Algunos neuróticos pueden sanar desviando sus instintos sexuales hacia otros campos. Es lo que podría hacerse con la sociedad enferma. Los hombres consiguen además, e incluso espontáneamente, transponer a menudo sus instintos socialmente condenables a otros terrenos. Sabemos de excelentes cirujanos que son hombres profundamente crueles. “¿Qué persona más grosera, pero qué buen médico?”, se dice de un determinado cirujano. En realidad, el que sea un cirujano excelente se debe a que es verdaderamente una persona ruda.

- ¿Cuál sería el primer paso necesario para la educación de los pueblos? –Mi interlocutor sonríe.

- Los niños son educados por maestros, los maestros por profesores y esos profesores por catedráticos de universidad. Pero desgraciadamente son pocos actualmente los profesores universitarios partidarios de esta psicología que es la única apta, a mi parecer, para educar a la humanidad. Alemania se cierra obstinadamente a la teoría psicoanalítica, construye sobre el idealismo y se marca los principios a seguir. Entre nosotros, sólo los poetas y escritores se interesan por el psicoanálisis. Pero en Holanda, en Suiza y en América hay un gran número de profesores de psicología de espíritu abierto que ocupan cátedras en las universidades. Hemos visto claramente que la eliminación de la guerra es únicamente cuestión de pedagogía. Modifiquemos ahora esta idea de la forma siguiente: el problema de la guerra es el problema de la educación de los profesores de universidad.

- Tengo la impresión de que el resultado de la consulta es más bien deprimente. Una vez, con ocasión de una consulta médica, oí pronunciar una desagradable expresión latina: *nihil faciendi*. En definitiva es lo que usted me dice, ¿no es así, doctor?

- En absoluto. Lejos de no poder hacer nada, hay mucho que hacer para evitar la guerra de una forma u otra.

- ¿Así que el paciente podría incluso sanar?

- Por supuesto, eso, creo.

Sobre si tal curación tendrá lugar dentro de cien o de mil años, no he obtenido respuesta.

Désiré Kosztlányi

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.